

Exponer la mirada*: mirar(se) desde las diferencias en un proyecto de fotografía participativa

Watch the Differences in a Participatory Photography Project

Iván Castiblanco Ramírez**
FLACSO-Argentina

Resumen

En tiempos en los que se discute acerca de la hipervisualidad, pensar el tema de la mirada en relación con la «discapacidad» es un tema que poco a poco emerge desde los estudios sobre «discapacidad» y cultura visual. Este artículo relata una experiencia basada en un proyecto de fotografía participativa con veintiún niñas niños y jóvenes, entre los 6 y los dieciocho años, del Centro Crecer La Paz, en Bogotá, a partir del que surgió la posibilidad de reflexionar acerca de la forma como se representa la «discapacidad» en fotografía, a la vez que se buscaron nuevas formas de permitir que fueran los mismos participantes quienes dieran a ver su particular manera de relacionarse en sus contextos de socialización próximos a través de la mediación fotográfica.

* Este artículo está basado en el proyecto de investigación "Mira mi Mirada: procesos de socialización en niñas, niños y jóvenes del centro crecer la paz basados en una experiencia pedagógica mediada por la fotografía", realizado como tesis para optar por la Maestría en Educación de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) de Colombia.

** Diseñador Gráfico de la Universidad Nacional de Colombia. Ha tenido una trayectoria en el campo de la fotografía documental, la docencia universitaria y el desarrollo de proyectos de fotografía participativa con niños y jóvenes en Colombia y Argentina. Cursó la Maestría en Educación de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) de Colombia. En la actualidad se desempeña como director editorial del Colectivo de Fotografía Documental OctoActo, es coordinador académico del Diploma Superior en Pedagogías de las Diferencias y Co-Director del curso de posgrado Entre Cuerpos y Miradas: Arte, Poéticas y Políticas de la Mirada en Educación, ambos de FLACSO-Argentina, donde se encuentra cursando el Doctorado en Ciencias Sociales.

Abstract

In times when we discuss about hypervisuality, an issue that slowly emerges from «disability» and visual culture studies is the relationship between gaze and «disability». This paper describes an experience based on a participatory photography project that was developed with the participation of 21 children and youth between 6 and 18 years old from the Centro Crecer La Paz, in Bogota, from which emerged the possibility to think about the representation of «disability» in photography, at the same, using the photographic mediation, the project was useful for searching new ways to allow themselves to show their particular way of socialize in their main contexts.

1 Entrada

Mirar, un acto cotidiano que llevamos a cabo sin mediación aparente de la conciencia y ligado exclusivamente al acto biológico de percibir la luz. Sin embargo, mirar no es un acto tan simple, en él están implicados, al mismo tiempo, aspectos biológicos, cognitivos y culturales. Vale la pena, entonces, diferenciar el mirar del ver: ver es un acto biológico, involuntario, inmediato, sin intención en el que intervienen aspectos de la percepción de la luz blanca por medio del ojo, la conducción de las impresiones visuales por el nervio óptico y la formación de la imagen en el cerebro. Mirar, sin embargo, es un acto cultural, voluntario, mediato, intencional, en el que interviene la trama de significados con la que interpretamos lo que percibimos y que ha sido adquirida durante el proceso de socialización. Es decir, cuando aprendemos a mirar, aprendemos a significar lo que miramos, aprendemos a mirar de diferentes formas a las personas según los prejuicios sociales, aprendemos, también, a no mirar aquello o aquellos que no están dentro del rango lo mirable, aprendemos a volver al otro un fantasma: alguien que es apenas percibido, que ya no es imagen sino susurro, que no significamos desde la propia experiencia de ver y mirar, sino que tiene en su frente un estigma, una etiqueta con una definición tan exacta, tan reducida, que ya no hace falta mirarlo, de tal forma que para conocerlo bastaría, tan sólo, creer en los mitos que narran, clasifican y diagnostican quién es el otro. Mitos que hablan de espantos, de apariciones, de seres anormales y sub- o sobre-naturales.

En el caso de la «discapacidad»³, una forma de exclusión, más soterrada, pero igualmente violenta, es la exclusión de la mirada, que puede ser entendida en dos sentidos: en primera instancia, como la invisibilización de la «discapacidad» a través de su tematización, de la creación de imágenes que se sustentan en los principios de la normalidad, o bien de la ausencia de imágenes de la «discapacidad» tanto en los medios ma-

³ El concepto «discapacidad» se asume desde una posición que se caracteriza por dudar de cualquier intento por *tematizar, clasificar, diagnosticar o normalizar* al otro, ya que se le considera como una construcción socio-histórica que define ciertos tipos de alteridades como deficientes, es decir, en el contexto de este trabajo no se usa como una definición o clasificación de un grupo de personas que comparten una supuesta condición de anormalidad. Sin embargo, para evitar el uso de eufemismos, se usa este concepto y se coloca entre comillas.

sivos (específicamente prensa, revistas, publicidad y televisión), en manifestaciones estéticas (como el cine y la fotografía) o en medios de uso cotidiano (como el álbum de familia o las redes sociales de Internet); en segunda instancia, existe una especie de restricción hacia las personas en condición de «discapacidad» para acceder a los medios de producción de imágenes (video, cine, fotografía), ya sea por limitaciones económicas y tecnológicas, pero con mayor seguridad por la noción de que carecen de las habilidades necesarias (motrices, visuales o cognitivas) que les permitan manejar este tipo de tecnologías.

Esta percepción particular acerca de este tipo de exclusión, deviene de una reflexión constante, basada en la propia experiencia de trabajo con el tema de fotografía y «discapacidad», así como en la búsqueda de referencias bibliográficas acerca de la relación «discapacidad»-fotografía, dentro de las cuales cabe destacar el trabajo de Hevey (1997), que afirma que las personas en condición de «discapacidad» están casi ausentes de los géneros y discusiones fotográficas, razón que lo lleva a indagar la forma cómo suelen ser representadas a través de este medio. Elige para su investigación cuatro libros al azar: *The Family of Man*, *Another Way of Telling*, *Diane Arbus*, y *Fragments from the Real World*. Al revisarlos confirma la casi total ausencia de fotografías acerca de la «discapacidad», las pocas que encontró mostraban cuerpos que llevan al espectador a hacer una polarización entre sentimientos de “humildad natural o terror psicológico”, o que hacían ver cuerpos carentes de sentido. Termina concluyendo que la construcción fotográfica de las personas en condición de «discapacidad» parte desde el miedo, la calamidad y la lástima presentes en el imaginario colectivo. Los libros examinados representan la construcción de una historia oficial de la sociedad discapacitadora hacia las personas en condición de «discapacidad».

A partir de estas reflexiones surgió la posibilidad de llevar a cabo un proyecto pedagógico, mediado por la fotografía, que partiera de la propia transformación de la mirada acerca de la «discapacidad» para abordar tanto la producción de imágenes en medio de las diferencias, como la posibilidad de que fueran las mismas personas en condición de «discapacidad» quienes crearan y dieran sentido a sus propias imágenes. Posibilidad que tomó forma entre abril de 2004 y octubre de 2007, gracias al encuentro con 21 niñas, niños y jóvenes entre los seis y 18 años, que habían sido diagnosticados, definidos, nombrados, tematizados, mirados como niñas, niños y jóvenes con «discapacidad» cognitiva, y que asistían al Centro Crecer La Paz –adscrito a la Secretaría de Integración Social de Bogotá–, ubicado en el Barrio Pardo Rubio, en los cerros orientales de la ciudad de Bogotá. Proyecto que recibió el nombre de *Mira mi Mirada*.

Mira mi Mirada fue un proyecto de fotografía participativa que se acercó a la «discapacidad» cognitiva desde una postura diferente a la asumida por la psicología o la misma educación especial, tanto desde la práctica como desde la teoría, sustentada en las propuestas realizadas por Skliar, acerca de la relación entre educación y diversidad, la mismidad, la alteridad y las diferencias, especialmente en el campo de la educación especial (2002, 2004, 2005a, 2005b, 2006a y 2006b); y por Larrosa, en cuanto a la importancia de la *experiencia* en educación (2006a, 2006b y 2006c). Esta postura se caracteriza esencialmente por dudar de cualquier intento por tematizar, clasificar, diagnosticar o normalizar al otro diferente, es decir, por poner en tela de juicio el estatuto de la normalidad y la anormalidad.

El proyecto se centró en la posibilidad de brindar herramientas que les permitieran a los participantes descubrir y jugar con las posibilidades expresivas y relacionales de la fotografía. De allí, que la realización del mismo haya implicado un cambio en la postura propia acerca de la «discapacidad», la educación y la foto-

grafía misma pero, fundamentalmente, se sustentó en la transformación de la propia mirada a partir de la relación afectiva construida con niñas, niños y jóvenes.

Las principales premisas de esta nueva postura fueron:

1. Una imagen (foto) no dice más que mil palabras. La fotografía y el lenguaje verbal son dos caminos diferentes de la comunicación, los dos tienen sus propios códigos, canales y actos comunicativos. Por lo tanto, las fotos pueden mostrar cosas que las palabras no pueden decir, y viceversa (Buxó, 1999).
2. No existe la normalidad, todos los seres humanos somos diferentes, por lo tanto es imposible sustentar un parámetro de normalidad. Existen anormalizadores, personas que se dedican a ver, señalar, nombrar, definir, diagnosticar, tematizar las diferencias de los otros (Skliar, 2002).
3. No es posible conocer al otro a través de complejos marcos conceptuales, definiciones o investigaciones hechas a partir de la diferenciación extrema del otro, de haber convertido al otro en un objeto de estudio. La única manera de conocer al otro es por medio de una experiencia, de un encuentro, de un acontecimiento con el otro, que implica reconocer la imposibilidad de nombrar, definir, tematizar e incluso conocer al otro, y en lugar de ello, dar lugar a una pregunta constante, una experiencia constante, un (des)encuentro permanente que, fundamentalmente, nos llevará a encontrarnos con nosotros mismos (Skliar, 2002).

Se trató de un prolongado encuentro con unos otros y unas otras a quienes en principio se pretendía ayudar y llevar algún bienestar, pero que (afortunadamente) terminaron enseñando que quien tenía una mirada obtusa, borrosa, desenfocada, movida, sub y sobreexpuesta, era quien desarrolló este proyecto, a todas luces, un anormalizador.

2 El encuentro, la mediación fotográfica y la transformación de la mirada

Un primer paso del proyecto consistió en aproximarse a niñas, niños y jóvenes, para conocer su situación y realizar un documental fotográfico basado en la construcción de vínculos afectivos. Un mes después de iniciado el contacto, en mayo de 2004, fue notorio que, además de su precaria situación económica y la escasa infraestructura del Centro Crecer, se hacía evidente la falta de afecto en los contextos de socialización más próximos. En contraste, la capacidad de niñas, niños y jóvenes para ser completamente espontáneos al demostrar y compartir afecto entre ellos y ellas, así como con las personas con las que se relacionaban, se convirtió en una de las claves para desestructurar los prejuicios que se tenían acerca de la «discapacidad».

Lo anterior permitió determinar como objetivos iniciales del documental, la intención de que niñas, niños y jóvenes se vieran a sí mismos y a sus compañeros en las fotos (que eran en blanco y negro), y crear imágenes en las que no se vieran como «discapacitados», sino como niñas, niños y jóvenes, es decir, basarse en la transformación que estaba sufriendo la mirada del fotógrafo-investigador, pasando de una mirada colonizadora (desde la normalidad, desde la mismidad) a una mirada que diera lugar al encuentro con ellas y ellos, desde el juego y el afecto.

Durante este proceso comenzó a aparecer un nuevo tipo de mirada, una mirada más atenta, abierta a la sorpresa, que permitió observar relaciones y gestos que aparentemente no eran evidentes. A partir de la observación del proceso, de la relación con niñas, niños y jóvenes, y de las conversaciones con profesoras y profesores del Centro, fue posible profundizar en la relación con ellas y ellos y las fotos fueron surgiendo durante este proceso. El proyecto de fotografía documental que se produjo y editó a partir de esta primera aproximación lleva el nombre de Efecto-Afecto.

Con las fotos resultantes se realizó una exposición en el mismo Centro Crecer, en agosto de 2004. La forma en que niñas, niños y jóvenes interactuaron frente a la exposición, evidenció que la mayoría se reconocían a sí mismos y a sus compañeros, incluso aquellos que se pensaba tenían dificultades para relacionarse con otros o para reconocer a los demás. A partir de esta experiencia, surgió la posibilidad de proponer un proyecto de fotografía participativa en el Centro Crecer La Paz.



Foto 1. Deisy (Fotógrafo: Iván Castiblanco)



Foto 2. Las relaciones afectivas y el juego de miradas. (Fotógrafo: Iván Castiblanco)

Después de agosto de 2004 y hasta noviembre de 2006, la relación con niñas, niños y jóvenes mediada por la fotografía continuó, generando la posibilidad de llevar a cabo el proyecto de fotografía participativa para que ellas y ellos realizaran sus propias fotos. Esta búsqueda se convirtió en el proyecto *Mira mi Mirada*, que consistió, básicamente, en entregarles una cámara fotográfica, sin mayor indicación, en cuanto técnica y estética fotográfica, que: mira a través de esta pantalla y cuando quieras presiona este botón.

Mira mi Mirada estuvo orientado a realizar un proyecto de fotografía participativa, que al mismo tiempo fuese una experiencia pedagógica, entre octubre y diciembre de 2006, en la que hicieron parte niñas, niños y jóvenes, para que realizaran fotos de lo que quisieran, de lo que más les llamara la atención, sin realizar alguna intervención o insinuar algún tema específico, sino con el propósito de posibilitar otro tipo de relaciones entre ellas y ellos, con su entorno, sus pares, profesores y familiares, para dar lugar a la creación de fotografías desde sus propias miradas.

La metodología de la investigación se inscribió en el campo de la etnografía visual, pero con una adaptación que implicaba que además de la naturalización del investigador en el Centro Crecer La Paz y la realización de registros de audio, video, fotos y conversaciones, debían participar en el proceso de la experiencia pedagógica niñas, niños y jóvenes mediante el uso de la fotografía. De ahí que el proyecto se inscriba dentro del campo de la fotografía participativa.

3 Las fotografías hechas por niñas, niños y jóvenes⁴

Los participantes del proyecto tomaron más de 2000 fotografías. Se seleccionaron cerca de 100 fotos que fueron consideradas como las más representativas de los diferentes usos y relaciones de cada uno de los estudiantes. Cabe aclarar, que para los propósitos del proyecto las fotos no fueron consideradas como meros registros de lo que había pasado, ni como datos estrictamente objetivos e interpretables, sino que permitieron tener otro tipo de lectura, diferente a la lectura del texto. Este artículo busca hacer énfasis en una de las apuestas principales del proyecto: la posibilidad de usar la fotografía como un medio de expresión de niñas, niños y jóvenes del Centro Crecer La Paz, más allá de las posibilidades comunicativas del medio fotográfico. Si esta apuesta es cierta, el lector tendrá la oportunidad de ver, o dicho de mejor manera, de tener una experiencia de la mirada, por medio de las pocas fotos que se han publicado con este texto, quizás percibiendo gestos, emociones, relaciones y otro sin número de detalles que el texto no puede, ni quiere, describir, así que el lector estará mirando la mirada de niñas, niños y jóvenes del Centro Crecer La Paz, de las cuales se presenta a continuación una escasa selección:



Foto 3. Las gallinas del Centro Crecer. (Fotógrafo: Camilo)

⁴ Las fotografías originales tomadas por niñas, niños y jóvenes son en color, por requerimientos técnicos de esta publicación se han pasado a escala de grises.



Foto 4. El profesor Oscar con Luisa, Evelyn y Camilo (Fotografía: Diana Milena)

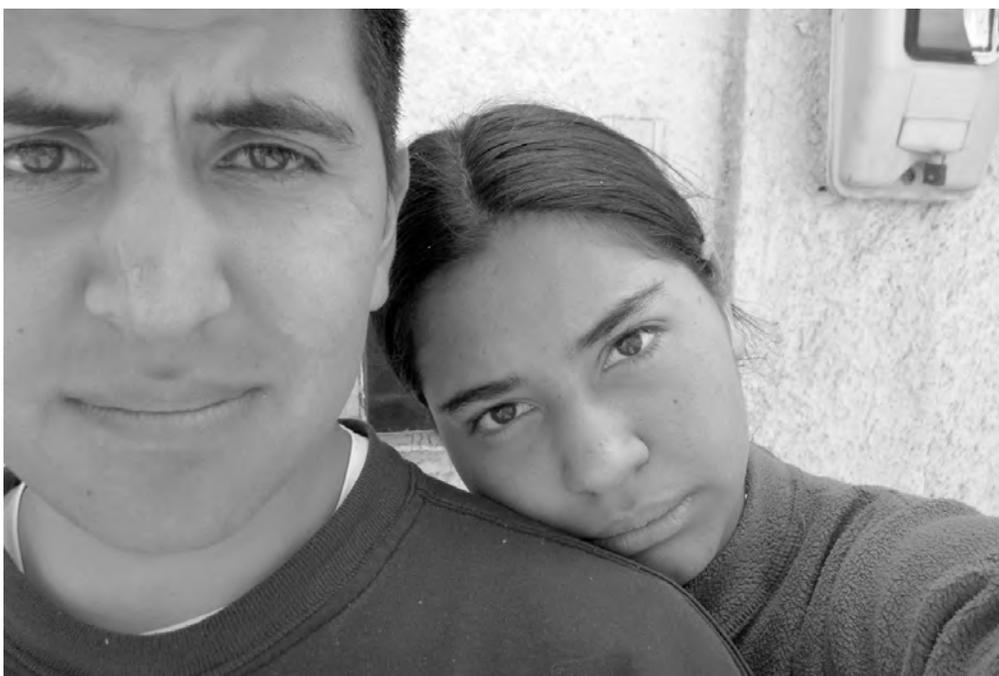


Foto 5. Autorretrato de Paola con uno de sus hermanos. (Fotografía: Paola)



Foto 6. Acompañamiento del fotógrafo/investigador a Yanzir para manejar la cámara.
(Fotógrafo: Yanzir)



Foto 7. La abuelita de Erick. (Fotógrafo: Erick)

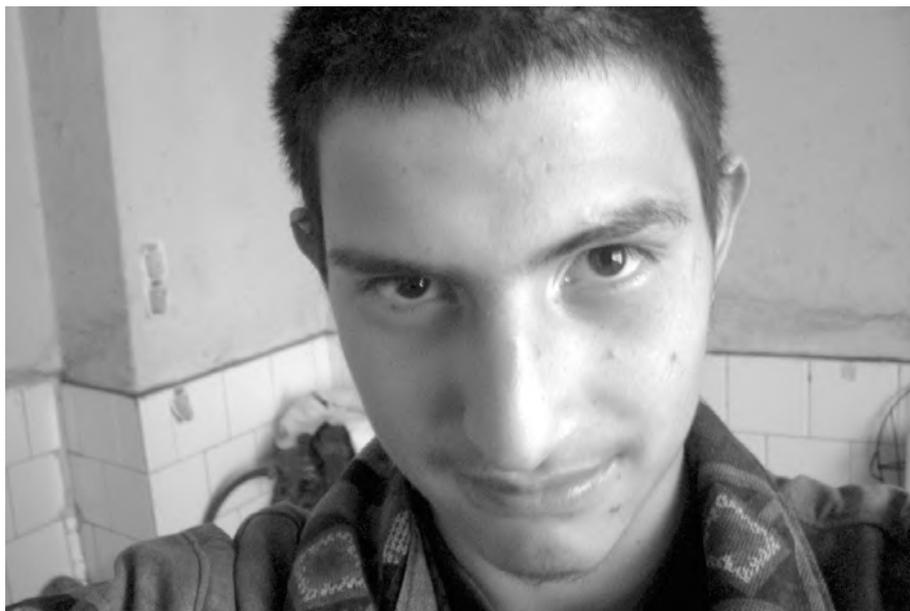


Foto 8. Billy, autorretrato. (Fotógrafo: Billy)



Foto 9. Una profesora del Centro Crecer. (Fotógrafa: Sandra)



Foto 10. Vista panorámica de Bogotá. (Fotógrafo: Nicxon)

Con las fotos seleccionadas se organizó una exposición en el Centro Crecer La Paz, a la que asistieron los participantes del proyecto, docentes, familiares, y algunos funcionarios de la secretaría de Educación de Bogotá.

4 Reflexiones sobre el proyecto Mira mi Mirada

4.1 Sobre la educación y las diferencias

¿No es la educación una búsqueda permanente de nuevas y sorpresivas posibilidades de encontrarse con el otro? Este proyecto permitió, justamente, un tipo de encuentro diferente a los que reiteran las teorías y prácticas educativas, desde las cuáles se suele anticipar cuál debería ser el resultado del encuentro pedagógico. Lo que surgió fue la posibilidad de encontrarse con el otro, no para tematizarlo, no para definir de antemano qué hacer con él, no para someterlo a la matriz conceptual de un diagnóstico que nos diga qué puede y qué no puede hacer o conocer, sino para que, a partir de una experiencia compartida, apareciera la posibilidad de un diálogo, un diálogo difícil, casi imposible, cuando las diferencias no son de alguien en particular,

sino que son diferencias en relación, es decir, el acontecimiento y el encuentro de dos o más singularidades.

Un encuentro, que, desde el punto de vista de este artículo, se ve atravesado por la mirada, pero no la mirada prejuiciosa, sino una mirada infantil, una mirada que mira como si fuera por primera vez, una mirada abierta a la sorpresa y lo desconocido, que permitió la deconstrucción de las imágenes estereotipadas de las personas en condición de «discapacidad» como anormales e incompletos, y la del educador como alguien normal y completo. Un encuentro de miradas desde las diferencias fue el primer paso para dejar de lado la idea de que debemos educar al otro y, en lugar de ello, tener la experiencia de educarse con el otro.

El uso de prácticas y técnicas relacionadas con la imagen y la estética no sólo tiene incidencia en el campo de lo lúdico, ya que muchas de las relaciones e interacciones humanas a lo largo de la historia han estado mediadas por el uso de imágenes, lo cual es un indicio claro de la importancia que estas tienen en los procesos de comunicación. Estas prácticas y técnicas pueden ser utilizadas para proporcionar a las personas en condición de «discapacidad» otra forma de expresión creativa, artística o comunicativa.

4.2 Sobre la experiencia en educación

En lugar de ocultar la voz y la mirada del otro, en lugar de llenarlo con nuestras palabras, en lugar de querer representarlo desde nuestros prejuicios, podemos hacer que la voz y la mirada del otro se presenten por sí mismas y buscar las herramientas para que sean escuchadas y visibilizadas. En este caso, la fotografía se convirtió en un medio para hacer visible la experiencia de la mirada de ellas y ellos.

Lo más importante de permitir el encuentro con la experiencia es ligarla con el campo de lo vivido, de lo sentido, de aquello que supera e incluye al mismo tiempo lo sensorial, racional y emocional. Vista de esta manera la experiencia es algo que no se puede, no se debe, describir ni analizar en su totalidad.

La experiencia en la educación adquiere su mayor dimensión cuando se entiende que, en lugar de la pretensión de encontrar respuestas y verdades irrefutables, o explicaciones y comprensiones que permitan entender cómo son las cosas, permite el encuentro con la fuente misma del conocimiento: el no saber, el no entender, el no comprender, el no tener palabras para describir lo que para la razón es confuso y que siempre es subjetivo. La experiencia del encuentro con el otro implica la aparición de una pregunta que no necesariamente conduce a una respuesta predefinida, o certera, o estática, sino que abre la posibilidad de la búsqueda constante, como si fuera posible mirar al otro como si fuera la primera vez, cada vez que lo vemos de nuevo.

4.3 Sobre la educación de la mirada

Hay dos usos de la palabra mirar que se desprenden de este proyecto. El primer uso está relacionado con la forma como niñas, niños y jóvenes miran, se miran y se hacen mirar, reconocen y se auto-reconocen, se acercan y se alejan del mundo, de la sociedad, caminan y recorren la experiencia de vivir y, además, está relacionado con las barreras, los límites, las normas que se han impuesto sobre ese mirar (Acaso una mirada infantil). El segundo uso se relaciona con la mirada del educador, del investigador y, por qué no, del fotógrafo;

esa mirada que por lo general quiere verlo todo desde arriba (como posición corporal y posición de poder), que quiere conocer y comprender todo y se relaciona con las barreras, los límites, las normas que desde esa misma mirada, mirada de mismidad, se han impuesto (Acaso una mirada adulta anormalizadora).

Ya que es desde la mirada adulta anormalizadora que se imponen las barreras hacia la mirada infantil, la educación de la mirada podría partir de la deconstrucción de esa mirada, es decir, el educador, el investigador y, claro que sí, el fotógrafo, pueden abandonar su posición privilegiada de observadores, para convertirse en agentes de transformación de su propia mirada.

Aunque no es posible afirmar que la experiencia produjo un cambio evidente en las miradas de los profesores o de los familiares, se observó que hubo un choque entre éstas y lo que ocurría con niñas, niños y jóvenes. La sorpresa y la perplejidad fueron las constantes. Para los profesores que veían cómo aquellas y aquellos que cotidianamente no eran muy activos en las actividades del Centro Crecer, fue llamativa la participación que tuvieron en el desarrollo de la experiencia pedagógica. Uno de los profesores expresaba de esta manera la impresión positiva que le dejó la experiencia: “Lo de Ingrid M. es algo positivo porque es una niña como muy aislada pues yo la veo como más integrada al grupo en juegos y eso, pero si la vi también como animada tomando fotos, diciendo los nombres de los compañeros para tomar fotos (sic)”. (Oscar Andrés Herrera, educador especial, comunicación personal, 8 de noviembre, 2006)

En contraste, la fonoaudióloga hacía hincapié en un aspecto que ella consideró como negativo del proyecto:

Últimamente notaba que aquí estamos enseñando ciertas normas que se deben cumplir en el Centro, afuera o en la casa. Por ejemplo cuando estábamos trabajando en una mesa y tú estabas con dos o tres niños, desafortunadamente la atención se guiaba de parte del resto del grupo hacia ti y lo que estabas haciendo. Nos preguntábamos ¿qué pasa con nosotros? estábamos dejando de lado el trabajo que llevamos haciendo hace meses y estábamos viendo desorden, mucho desorden, en La Paz. No desconozco que todo lo lúdico tiene mucho valor para los niños y más para los que tienen discapacidad cognitiva. Obviamente que la idea de todos nosotros es lograr en ellos independencia autosuficiencia y que se han niños eficaces en la sociedad. (Alejandra, Fonoaudióloga, comunicación personal, 14 de noviembre, 2006).

Algunos familiares se mostraban sorprendidos al ver la autonomía y el interés con que ellas y ellos manejaban la cámara, y otros permanecían incrédulos porque pensaban que las fotos quedarían mal tomadas⁵.

El proyecto permitió percibir la posibilidad de deconstruir la mirada acerca de la «discapacidad», no por medio de discursos académicos, sino por medio de las mismas acciones de niñas, niños y jóvenes, es de-

⁵ Por ejemplo, el día que las fotos de Mira mi Mirada se expusieron en el Centro Crecer, una de las abuelas, que había visto a su propio nieto sacar fotos de su casa y a ella, se dirigió al fotógrafo-investigador diciendo: “Profesor, que bonitas le quedaron las fotos”, ante lo cual la respuesta fue: “Pero si las fotos las hizo su nieto, ¿no se acuerda ese día en su casa?”, y, finalmente, la abuela dice: “¿De verdad? Yo creí que todas le iban a salir torcidas... y con las cabezas cortadas”.

cir, permitiendo que ellas y ellos asuman nuevos roles en los que puedan desarrollar sus propias capacidades y gustos, generando además canales y medios propicios para que sus logros se hagan visibles hacia la comunidad académica, las familias, las entidades gubernamentales y la sociedad en general.

4.4 Sobre el acto fotográfico y la mediación fotográfica

La mediación fotográfica es el resultado de un acto fotográfico en el cual estuvieron involucrados múltiples actores y relaciones situadas en el contexto del Centro Crecer La Paz y en las casas de algunos de los participantes del proyecto. Esta mediación es en sí misma un tipo de relación, por cuanto implica el encuentro en medio de las diferencias. El acto fotográfico tiene como principal gestor al fotógrafo, su intencionalidad lo determina y le da un primer sentido, pero es a partir de esta decisión que se posibilita la mediación fotográfica, y en ella tienen cabida una trama más amplia de significados, y por supuesto las acciones de los otros: los juegos de mirada (te miro, no te miro), las poses del cuerpo, los movimientos, los gestos, las palabras, los sonidos, el silencio.

La cámara fotográfica se convirtió en un elemento que otorgaba poder a niñas, niños y jóvenes, un poder que les permitió moverse y actuar libremente, tomar fotos de lo que querían sin tener que esperar la aprobación de nadie, incluso les permitió dar órdenes a otras personas, pero lo más importante es que les dio el poder de hacerse mirar desde su propia mirada. Son prueba de este poder sus fotos, en las que permanece ese acto liberador y creativo. Aunque sus imágenes nos parezcan borrosas, mal encuadradas o mal iluminadas, aunque no se hayan hecho siguiendo los cánones de la técnica y la estética fotográfica, son fotos que tienen el poder de decir: ésta es mi mirada, yo miro así, mira mi mirada. No importa si sabían cuál era la forma o el color del objeto, lo que importaba era que el objeto era significativo para ellas y ellos, y por eso merecía ser fotografiado; no importaba si sabían el nombre de la persona, o distinguían su género, o si tal persona no quería que le tomaran fotos, o no se diera cuenta, la niña, el niño o el joven actuaban con un solo imperativo: ¡Té vi!

Cuando ellas y ellos realizaban la acción de tomar la foto, cuando se llevaba a cabo el acto fotográfico, ese ¡Té vi! articulaba una serie de afirmaciones tácitas que hacen parte del entramado de acciones comunicativas y de relaciones. Ese juego de preguntas y respuestas puede ser algo parecido a esto: ¡Té vi!, y en seguida, ¡Tú eres!, o ¡Eso es!, o ¡Yo soy! (en el caso de un autorretrato). Esas afirmaciones se pueden ver como preguntas o afirmaciones tácitas desde el sujeto fotografiado: ¿Me viste?, ¿Nos viste?, ¿Me vi?, ¡Mírame!, ¡Míranos!, ¡No me mires!, ¡No nos mires!. Lo que encierra el acto fotográfico es un juego de miradas, relaciones, preguntas y respuestas que acontecieron tan sólo en unos cuantos segundos mientras la niña, el niño o el joven tomaba la decisión de tomar la foto y la imagen finalmente quedaba capturada en el sensor de la cámara. La unión de la cadena de actos fotográficos se constituye en una gran mediación fotográfica que implica la construcción de un diálogo colectivo, o mejor, de un entrecruzamiento de miradas, compuesto por diversos tipos de actos comunicativos.

Y finalmente está la foto, huella, espejo y transformación de aquello que fue visto. Una imagen que permanece sin sentido hasta que es nuevamente mirada y sometida a una serie de preguntas: ¿Ese que vi eres tú?,

¿Ese que vi, soy yo?, ¿Esos que vi, son ustedes?, ¿Esos que vi, somos nosotros?, ¿Eso que vi, es eso? ¿Ese que viste, soy yo?, ¿Esos que viste, somos nosotros? En estas preguntas está contenida la riqueza y la magia de la fotografía, eso ya visto, el otro ya visto, el sí mismo ya visto, se nos presenta una vez más de otra manera, con otra forma, con otro color, con otro rostro, con otro cuerpo, con otra posibilidad de ser, siempre diferente, siempre cambiante, como una experiencia nueva, única y propia para cada uno, una experiencia que, en el caso del Centro Crecer La Paz, contiene y está significada por los múltiples actos fotográficos, las variadas mediaciones, las constantes relaciones y el enriquecido diálogo colectivo, es decir, mirar una foto puede ser una experiencia llena de experiencias.

Referencias bibliográficas

- BUXÓ I R., M.^{A.} J. (1999). “...que mil palabras”, en Buxó i Rey, M.a Jesús y de Miguel, Jesús M. (Eds.). *De la Investigación Audiovisual: Fotografía, cine, video, televisión*. (pp. 1-22), Barcelona: Proyecto A Ediciones.
- HEVEY, D. (1997). “The Enfreakment of Photography”. En L. Davis (Ed.), *The Disability Studies Reader* (págs. 332-347). New York: Routledge.
- LARROSA, J. (2006a). *Palabras para una educación otra*. Mimeo del Curso de postgrado Experiencia y Alteridad en Educación. Buenos Aires: FLACSO.
- (2006b). *Experiencia y alteridad en educación*. Mimeo del Curso de postgrado Experiencia y Alteridad en Educación. Buenos Aires: FLACSO.
- (2006c). “Algunas notas sobre la experiencia y sus lenguajes”. *Estudios filosóficos*, 55(160), 467-480.
- MASSCHELEIN, JAN. (2006). “E-ducuar la Mirada. La necesidad de una pedagogía pobre”, en Dussel, I. y Gutiérrez, D. (Comp.). *Educuar la Mirada: Políticas y Pedagogía de la Imagen*. (pp. 295-310), Buenos Aires: Manantial, FLACSO, OSDE.
- SKLIAR, C. (2002). *¿Y si el otro no estuviera ahí? Notas para una pedagogía (improbable) de la diferencia*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- (2005a). “Poner en tela de juicio la normalidad, no la anormalidad. Política y falta de políticas en relación con las diferencias en educación”. *Revista Educación y Pedagogía*, 17(41), 9-22.
- (2005b). “El lenguaje de la experiencia. La experiencia de la diferencia, en Argentina, Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación” (Ed.). *Experiencias pedagógicas: voces y miradas. Estrategias y materiales pedagógicos para la retención escolar*. (pp. 230-237), Buenos Aires: Editor.
- (2006b). “Fragmentos de amorosidad y de alteridad en educación”. *Revista Colombiana de Educación*, 50, 253-266.